



¿Mi padre? Trabaja en Telefónica. Esa era una de las respuestas que habitualmente daban los hijos de Policías y Guardias civiles, a los que sus padres ya no habían podido ocultar su profesión. Esto era frecuente hasta hace no mucho tiempo en una parte de España, donde la mafia asesina etarra, ahora metida en política, mataba a las personas por el mero hecho de defender unas ideas, o desempeñar una profesión que no fuera de su agrado.

Algo hemos avanzado en estos años, cuando el cáncer del nacionalismo, en este caso la versión mafiosa catalana más esnob pero igualmente dañina, ya no mata físicamente, aunque sí lo hace y sin tregua, civilmente. Señala, acusa, difama, acosa, persigue y finalmente expulsa a todo aquel que no comulga con su ideario nacionalista, eso sí, siempre acompañado de un falso victimismo y adornado con un halo supremacista. Además, en este caso ya no ocurre aquello de que “unos agitan el árbol y otros recogen las nueces”. Ahora la cosecha se realiza desde las propias instituciones, corrompidas hasta la médula tras décadas de inmersión ideológica, ejecutada por unos y permitida por otros.

¡Qué podemos esperar de una sociedad a la que se priva de la memoria! No de la histórica claro, distorsionando el pasado y tergiversando el discurso hasta convertirlo en algo inventado. ¿O acaso no es verdad, que esos mismos que mataban pactaron hacerlo solo en determinadas partes del país, a cambio de complicidad y apoyo político de los nuevos “aprovechateguis” del privilegio y el hecho diferencial?

Ahora la tendencia es silenciar a las víctimas y blanquear a los delincuentes, con tal de borrar cualquier ejemplo que sirva para aprender y no caer de nuevo en los mismos errores. Mientras tanto, la maquinaria nacionalista sigue haciendo lo que mejor sabe: generar fractura social y resentimiento. Enfrentar y al tiempo vivir, por cierto muy bien, a base de mantener vivo un imaginario y supuesto “conflicto”.

Sirvió la viñeta en su momento de homenaje a muchos ciudadanos anónimos, que sufren a diario el hostigamiento de la pandemia nacionalista. Escoció y mucho, a los fanáticos promotores del *apreteu*. Pero sobre todo reflejó el valor de la libertad, frente a la opresión nacionalista, la dignidad y valentía personificadas en la inocencia de un niño, sacando a relucir la miseria moral de los autores de tal infamia. ■

Ignacio Nieto González